

»¿Qué más quieres,  
si el lago,  
y las montañas,  
y la luna,  
son tuyos;  
y tuya es esta noche inmensa,  
y el universo entero es tuyo,  
porque no tienes con quién compartirlos,  
y así no tienes  
que compartirlos con nadie!

»¡Arrodíllate,  
Hombre,  
sobre el polvo de la carretera!

Arrodíllate,  
Polvo consciente,  
y besa el polvo fraternal  
por donde transitan  
los hombres,

¡Besa la frente de la Tierra!  
¡Da gracias a Dios de haber vivido hasta esta noche  
en que principia el mundo!  
¡Da gracias a Dios por haberte dado este noche  
para ti solo;  
de haberte dado estas estrellas,  
y esta luna,  
y estas montañas, y este lago,  
y esta tierra toda,  
para ti solo!

Y dale gracias también  
por haberte dado esta Ceiba,  
que es como un Cielo entero  
para ti solo,  
como un Cielo que ha hablado en ti y por ti,  
vaga y profunda y sigilosamente,  
con el vasto rumor polifónico de las alas  
del viento!»

Y ha cesado la voz del Árbol.  
Y he aquí que, de rodillas,  
he besado el polvo de la carretera.  
Pero la Voz de la Ceiba  
ha quedado para siempre  
en mis oídos;  
su Gran Voz ha quedado vibrando  
sobre el mundo,  
como un tañido inmenso  
de campana,

como un tañido hecho de espacio,  
de luna  
y de silencio;  
y ha quedado resonando  
en el caracol sangriento  
de mi corazón:  
¡y la he sentido circular  
por mis arterias,  
como una nueva sangre,  
como una nueva vida!  
Y hé aquí que, al regresar por el camino,  
ya no soy un hombre,  
sino un Gigante.  
Y me he llegado,  
como un hermano mayor,  
hacia la Ceiba;  
y la he besado  
en la ruda corteza rugosa:  
y me la he llevado conmigo  
por todos los ásperos caminos de la tierra,  
me la he llevado  
de la mano,  
como a un niño pequeño,  
diciéndole al oído:  
«Ceiba, mi Ceiba,  
yo te llevaré por los caminos,  
enseñándote a mi vez la Vida,  
de la mano,  
como a un niño pequeño:  
porque yo soy un Hombre,  
Ceiba,  
mi pequeña Ceiba,  
¡Ceiba que un día habrás de ser un Hombre:  
¡Yo soy un Hombre,  
Ceiba!  
¡Yo soy el Hombre,  
y el mundo es grande  
Y ESTOY SOLO!»

Coatepeque, El Salvador, 1929.

### Alberto Guerra Trigueros

Aquí está Guerra Trigueros, el mejor poeta del Salvador, amigo robusto del poema largo, que tanto hemos abandonado, por pereza o flaqueza,—y amigo además de los grandes pensamientos—que Dios le regala en abundancia.

Gabriela Mistral

## La vida de los termes

= De El Sol. Madrid. =

I

El observador de los insectos llamados sociales no puede sustraerse a considerar en sus estrictas comunidades el aspecto humano. Si él no extrajera de colmenas, hormigueros y termiteras los ejemplos y las moralidades implícitas, sus lectores le suplirían con la propia meditación. «Nada interesa tanto al hombre como el hombre mismo», decía Goethe. Por todas partes venteamos lo humano, como náufragos que buscan ansiosamente la huella del semejante. Todo nos sirve de referencia, paralelo o contraste. Sin embargo, nada tan apto para esta finalidad como las sociedades de animales. Los fabulistas conocen y usan este mecanismo, por el que el animal acentúa lo humano que posee o el poeta le presta. Las mismas escenas que nos acontecen, los caracteres que nos invisten, los impulsos que nos mueven, ga-

nan, trasferidos a los animales, un patetismo y, con mayor frecuencia, un realismo, un vigor satírico o una ejemplaridad moral que antes no tenían. Pero ni la astucia, ni la vanidad, ni la codicia, ninguna de las pasiones que el poeta infunde a la fauna tradicional de las fábulas, es tan humana como el sacrificio doloroso y tal vez inútil a una idea, a un algo desconocido y, al parecer, superior. Por eso, cuando Maeterlinck, en su reciente libro *La vie des termites* (1), encuentra en los subterráneos de la termitera la inmola-ción del individuo a un poder misterioso, ausente, tal vez inexistente, llevada al límite de la más absoluta inutilidad, cuando encuentra una organización para nada, una esclavitud que se agota en sí misma, humaniza y nos hace fra-

(1) «Bibliothèque Charpentier». Eugène Fasquelle, éditeur. Paris. (Acaba de publicarse una versión española).

ternos a estos animalillos, que quizá nos ofrecen una fidelísima imagen de nuestros destinos sin meta.

Por momentos, al contemplar la vida de los termes, creemos estar ante nuestra propia vida, mirada desde un punto de vista situado fuera de nuestra especie. Percibimos los movimientos, pero ignoramos las impulsiones internas, y la misma pequeñez de los seres observados nos parece simple efecto de la distancia, que destaca los rasgos más esenciales, las líneas más esquemáticas. Un termes dotado de consciencia tal vez pensase que su organización realiza un fin superior y trascendente. Pero nosotros sabemos que se cierra en sí misma, y que si los termes han ido perdiendo en su evolución los ojos, las alas y el sexo, y sumiéndose bajo tierra, ha sido únicamente para conservar una forma inventada al azar por la vida. La